

ALFAGUARA

Nélida Piñon

Una furtiva lágrima

Narrativa Internacional Traducción de Roser Vilagrassa



Nélida Piñón

Una furtiva lágrima

Traducción del portugués de Roser Vilagrassa

ALEAGUARA


SÍGUENOS EN
me gustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

In memoriam
de mi querido

*Gravetinho Piñón,
amigo inolvidable*

Soy diversa

Hablar en primera persona exige audacia. Pero es una opción natural. Cuando hablo por mí misma, o pienso por mí misma, incorporo a los demás a mi genealogía. No voy sola por el mundo.

Puesto que soy diversa, soy muchas. Mi lenguaje reverbera, tengo la memoria de todos en la psique. Entonces el colectivo empieza a afectarme, se aloja en mi primera persona, que es una experiencia dramática. Al mismo tiempo, es bueno saber que estamos solos en el mundo, que no nacemos de una camada.

Cuando narro mi historia cumplo una serie de pactos, puesto que cuento la trama de todos. Y honro a aquellos con los que comparto vida. Acaba siendo una experiencia que va más allá de la estética, del arte narrativo.

Mi oficio

Escribir es lo que sé hacer. Narrando me introduzco en la corriente sanguínea de lo humano, y de ese modo me aseguro de poder seguir contando los minutos de las vidas ajenas. Pues nada debe olvidarse ni dejarse a la intemperie. Hay que extraer la historia de los sentimientos a partir de la perplejidad que sintió el hombre cuando, en la soledad de la caverna, encendió el primer fuego.

Sentencia

Pensé en escribir un diario breve, un resumen de mis últimos días, según la sentencia del oncólogo que, con parsimonia y convicción, antes incluso de las últimas pruebas, fue concluyente. Me quedaban entre seis meses y un año. Regresé a casa dispuesta a prepararme.

En mi habitación, Gravetinho presiente mi vulnerabilidad. Aunque su naturaleza no tenga control sobre el misterio que me atañe, intuye que, según la opinión médica, estoy al borde de la muerte. Despiadada inminencia.

Con él y Suzy a mi lado, como si me protegieran, doy comienzo al diario de la muerte. Como única redactora. Nadie está autorizado a añadir nada. Si alguien se atreviera a agregar una palabra, envenenaría el final de mi vida.

Mi muerte no es inspiradora, no puede contener rasgos poéticos, correcciones o matices metafóricos. No hay poesía en la muerte. He alejado los lances que adornan la belleza. No los quiero cerca. Condenaré a quien exponga algo que nunca haya pensado, o siquiera he mencionado.

Pese a todo, claudico sin quejarme. Sin emitir sonido alguno que suene a despedida o confesar que no me enorgullezco de la muerte. Sin pedir que me cubran con la misma mortaja que a mi madre.

Con todo, sé a quién quiero a mi lado en el momento de la despedida. Seguramente faltarán algunos nombres, que no puedo invocar ahora porque están lejos o porque me precederán en la partida.

Pienso en la hora de decir adiós instalada en la casa que amo, donde a menudo fui feliz. Un territorio donde me pareció fácil vivir.

Me despediré asumiendo lo que siempre fui, sin descartar ningún estado. Como mujer, brasileña, gallega también, y escritora. Una conjugación de factores que me ayudaron a transitar por las antiguas civilizaciones y por la simbología del mundo. Y hasta por la historia del arte, de las religiones, del amor y de las amistades.

No creo que durante estos años haya renunciado a los fundamentos que heredé desde la cuna, ese legado cargado de tramas, siempre inseparables.

Mientras he podido, he observado los misterios de la fe. He sonreído y llorado ante la adversidad. He amado y he sido amada. He dejado a Dios descansar en mi regazo. Ya solo me queda decir: «Amén».

Fueron dos meses en los que me detuve. Pocos sabían que contaba los días en silencio. Y el silencio renovó mis energías. Simplemente, no quería sufrimiento alguno que pudiera perjudicar mi dignidad. Entretanto, en São Paulo, el veredicto resultó ser erróneo, y me sometí a los tratamientos debidos.

Casi tres años después, ya estoy bien. He resistido, vivo, pienso. Imagino y, sobre todo, escribo. Hete aquí los misterios de la vida.

Estrellas y quimeras

La imaginación es una razón para vivir. Acciona la voracidad y no tiene fin. Es una alfombra que extendo a lo largo de la escalinata de la Piazza di Spagna con el pretexto de llegar a las puertas del Hades.

Es una suerte de caja que encierra secretos, sacia el hambre, cede pedazos de la materia capaz de salvarme. Son cortezas de pan, trozos de cristal, un billete arrugado, todo cuanto no reniega del origen humano.

Desde la infancia me he expresado con exageración a favor de un mundo claro, transparente. Apelo a ciertos ejercicios para que la vorágine de la invención me dé aliento. Se trata de un proceso sin interrupciones. Con el primer sorbo de café, intuyo que existe una fórmula que, gracias a su combustión natural, atiza la imaginación, que paga el sudor colectivo con las monedas obtenidas en ese juego de azar.

Atraigo los tesoros a casa siempre que rechazo versiones oficiales. Y es que, cuando me inclino al fracaso, corro el riesgo de atarme al borde del precipicio a esperar que los pájaros me picoteen el hígado.

Dependo de la sinceridad ajena para vivir, de las crueldades y las maravillas inherentes a la locura humana. Claro que tal condición afecta a los efectos de la realidad en mi vida cotidiana. Aun así, acepto ese desbordamiento que me lleva a atravesar la frontera moral que Dante estableció para castigar al adversario.

A cualquier hora, en especial al caer la noche, suelo aguzar la imaginación. Gracias a este ejercicio, es fácil ver los Campos Elíseos más hermosos de lo que suponía, bajo la mirada que me brinda Virgilio, o incluso Eneas en busca de su padre, Anquises. Más tarde la propia imaginación desha-

ce la visión del Hades. Sufro un duro golpe, pero me consuela perpetuar en el recuerdo a los seres queridos que ya han se han ido. Aún me queda la ilusión de zafarme del infierno que el ilustre florentino concibió. De mirar a salvo el firmamento poblado de estrellas y quimeras.

Padre y madre

Padre y madre son los ancestros que encarnan el origen de la civilización. La familia es la tribu que, al traernos al mundo, dicta las reglas y establece la medida del amor y del valor que se concede a las cosas. En su sangre se alojan las taras morales y afectivas que estarán presentes a lo largo de la vida. Y su trabajo es difundir la estética que regirá la conducta y el gusto futuros de sus hijos. Pero ¿cómo soslayar los dictados de la pasión y la ira que se asimilan alrededor del pan familiar?

Estatuto del amor

Conserva a tu hijo entre las paredes de la casa, donde está su hogar. Dale pan, jabón, agua, la cama de cada día. Hazle soñar si le falta capacidad para sorprenderse. Cuéntale historias que él pueda perpetuar en la memoria. Para que tu recuerdo se transforme un día en flecha de plata atravesando la noche de los tiempos.

Frota la espalda de tu mujer con la espuma del amor. Procura que la fuerza de tu impaciencia y tu descuido no hieran jamás la piel de tu compañera. Vigila con atención tu violencia. Es la parte oscura y sórdida de tu alma. La crueldad que ejerces contra tu mujer y tu hijo es un desafío a Dios, pues la rudeza mancilla tu condición de mortal y afecta al lento y difícil proceso civilizador.

No permitas que la familia crea que es una desgracia en tu vida, el peso de la desesperanza, unas cadenas de las que conviene deshacerse en nombre de un corazón indiferente, despiadado, baldío.

No expulses de tu vida a tus seres queridos. No te abandones a ese ensañamiento que, en realidad, refleja la existencia de un corazón que desconoce la utopía, el sueño, los derechos sagrados del hombre.

Que no te arrastre el yugo de tu ira, o dejarás a tu mujer y a tus hijos a merced de la suerte ingrata e indolente.

Defiende al hogar de ti mismo. De tu ferocidad, de tu pasión desenfrenada, del ansia de golpear, mutilar, maltratar, como si tan salvaje y falso ejercicio de justicia te atañera.

Evita que tu familia, despojada del hogar, lleve en su alma el estigma del infortunio, arriesgándose a perder la majestad, la autonomía, los derechos humanos que le son inalienables. Y que después de echarla a la calle, desprovista

de valor, ostente en su cabeza una corona de hojalata y espinas, manchada de una sangre que no es la de Cristo, sino la derramada por tu arbitrio, tu despotismo, tu prejuicio, tu crueldad, tu cobardía inmisericorde. Gracias a los cuales la tragedia se abate sobre tu casa antes incluso del amanecer.

Acuérdate: privada del palpito del amor, de los gestos de cariño, tu brutalidad quedará grabada a hierro y fuego en la memoria de tus seres queridos.

Tampoco dejes de invitarlos a visitar las dependencias de la casa, del jardín, de la calle, como si fueran todos ellos héroes intrépidos. Ayúdalos a celebrar la presencia humana en el mundo, a recibir de la vida las travesuras de los insurrectos, el espectáculo de los fanfarrones, las revelaciones amorosas que inauguran y renuevan nuestros sentimientos. Solo así, tan pronto se encienda la luz tenue de las farolas, regresarán al hogar sin miedo en el corazón, sin temor a sufrir innumerables humillaciones. A ese hogar que nos reconforta con el simple hecho de girar el pomo; donde las madres, los hijos y los animales domésticos desentrañan los misterios ancestrales, los enigmas del futuro.

Al fin y al cabo, una vida justa y generosa es aquella que jamás apaga las sombras de una casa. No ahuyentes así la convivencia. Procura que el rostro de tu mujer y el de tu hijo se iluminen en un instante, con solo ver la olla de alubias hirviendo al fuego, anunciando el *feijão*, ese plato brasileño que exalta la paz y la abundancia.

Sobre todo, no usurpes a tu familia sus privilegios naturales. No la envenenes con la amargura de tu pecho. No la amordaces con tu ira. Al contrario, asegúrale la herencia de tus gestos, de las palabras. Recuerda que, por mucho que el corazón humano se obceque en la codicia desmesurada y la ausencia de escrúpulos morales, en ti perdura el ansia del paraíso. Así se logra mantener en la familia la ilusión de ser todos hijos de Dios.

¿Qué seríamos sin aquellos que nos ofrecen la armazón del hogar?, ¿aquellos que batallan para que en nosotros subsista la soberana emoción de saber que formamos parte

de una familia que se sucede a sí misma a lo largo de la peregrinación humana?

Y si en el futuro el amor a tu mujer se le agota, no hay motivo para dejar en su lugar los restos del desamor, el estigma de la maldad. Ni una pizca de carne humana merece ser golpeada por la indiferencia, la violencia o la injusticia. Por lo tanto, no abatas a tiros, a golpes, a arañazos, el cuerpo de tu mujer. Forjaste una familia en comunión con ella. Respeta, pues, el derecho que te otorgaron de reproducirte en otro ser, tu hijo. La familia es el fruto de tu humanidad esencial.

Así que no le niegues tu mirada compasiva, las lágrimas ultrajadas por una realidad que traicionó tus sueños. Quienquiera que habite el recinto sagrado de tu hogar heredará tanto tu horror como tu capacidad para maravillarte.

Aprende que el otro es tu hogar. Es tu cuerpo, tu nombre, tu otra cara. Es el envés y el revés de tus entrañas. Es el espejo de tu irrenunciable humanidad.

No esperes a descubrir la indecible gravedad de tu infamia el día en que por obra de tu violencia tu familia sea diezmada. Comprende a tiempo el gozo que sentirías si, en vez de matarla, la llevaras en el pecho mientras aún está viva.

Sumérgete en la liturgia del amor y renuncia a tu ira insensata. El amor es y siempre será tu mejor gesto en la tierra. El único capaz de proyectar luz sobre esta precaria existencia humana.

La belleza

La belleza es vertiginosa. Sacude convicciones, nos lanza a la aventura que proviene de la estética en acción. Cada cual inventa la idea de belleza que más lo favorece, que perpetúa la creencia en el talento humano.

Personalmente, la belleza, incluso la grotesca, me emociona. A veces huyo de su impacto para que no marque a hierro y fuego mi piel de ganado indefenso.

La belleza predica el misterio y es una bendición.